

ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA INTERPRETACIÓN TIPOLÓGICO-FIGURAL¹.

Origin and evolution of the *figurative-typological* interpretation

Ricardo Monsalve C. Chile

Resumen: La necesidad de hallar una fuente de legitimidad y defensa del nascente cristianismo, a la que se vieron enfrentados los primeros fieles, generó al interior de su comunidad distintas formas de asimilar y comprender el contenido de las Sagradas Escrituras hebreas. Una de ellas fue la llamada interpretación *tipológica* o *figural*, la cual, atendiendo a dicho fin, pretendía emparentar los textos del Antiguo y Nuevo testamentos.

A setenta años de la publicación original del ensayo *Figura*, de Erich Auerbach, que exponía en profundidad los fundamentos de la cuestión descrita, el presente artículo conmemorativo regresa sobre los orígenes y temprana evolución de la interpretación tipológico-figural a la luz del pensamiento del influyente filólogo alemán.

Palabras claves: Interpretación tipológico-figural, Nuevo Testamento, Erich Auerbach.

Abstract: The necessity confronted by the first Christian believers to find a source both of legitimacy and of defense of nascent Christianity, generated within their community different ways to assimilate and comprehend the content of the Hebrew sacred texts. One of them was the 'typological' or 'figural' reading which, with the aforementioned aim, attempted to relate the texts of the old and New Testament. Seventy years after the original publication of the essay *Figura* by Erich Auerbach, which explained in depth the foundations of this issue, the present commemorative article returns to the origins and early evolution of the typological-figural interpretation in light of the ideas of the influential German philologist.

Key words: Typological-figural reading, New Testament, Erich Auerbach.

Recibido: 10.01.08 **Aceptado:** 2.04.08

¹ En lo fundamental, el presente artículo corresponde al primer capítulo de *Interpretación figural, representación literaria europea y la Divina comedia. Tres ideas en la obra de Erich Auerbach*, tesis para optar al grado de Magíster en Literatura, Universidad de Chile, 2007.

Correspondencia: ricardo.monsalve.c@gmail.com Licenciado y Magíster en Literatura por la Universidad de Chile. Actualmente es alumno del doctorado de Español y Estudios Renacentistas de Yale University, en Estados Unidos.

Durante los primeros siglos de nuestra era el cristianismo transitó desde la clandestinidad y la persecución a la más alta dignidad social: en el espacio de poco más de tres siglos² la religión cristiana, considerada por la clase educada de Roma como una secta problemática y una superstición nociva³, se vio convertida no sólo en una forma de culto legítima, sino en la religión oficial del Imperio romano.

Parte fundamental de este triunfo –cuya trascendencia histórica es apenas conmensurable–, se debe, sin duda, a la actividad evangelizadora de quien es tal vez la figura intelectual y política más singular del cristianismo primitivo: nos referimos, naturalmente, a Pablo de Tarso⁴.

² Aun cuando la emergencia del cristianismo como una religión claramente distinguida resulta de difícil datación, aceptamos para ella, con R. H. Bainton, la década del 60 del siglo primero (vid. Baiton, R. (1960). *Early Christianity*. Princeton, N. J.: Van Nostrand p. 20); desde allí hasta los gobiernos de Galerio, Constantino y Teodosio comprende nuestra consideración.

³ Testimonio de este parecer es posible ser hallado en autores como Tácito (*Anales* XV, 3) y Suetonio (*Nerón Claudio* XVI) que vivieron ambos entre los siglos primero y segundo (Cf. la noticia proporcionada por Eusebio de Cesarea, *Historia ecclesiastica* IX, v). Esta reputación de los cristianos podría ser la extensión de aquella gozada antes por los judíos (Cf. Tácito, *Historias* V, i-xiii; Horacio, *Sátiras* I, ix, 70).

⁴ San Pablo, llamado entonces Saulo, nació en Tarso, ciudad de la actual Turquía, accediendo de ese modo a la ciudadanía Romana, lo que le daba el derecho de apelar al César (Act 22, 25-28; 25, 11-12. Seguimos la versión española de E. Nácar Fúster y A. Colunga Cueto). De familia de fariseos, Pablo mismo fue parte de esta secta y un tenaz perseguidor de los cristianos hasta su conversión cuando, envuelto y cegado por una gran luz en el cielo, Jesús le habló emplazándolo por los motivos de dicha persecución (Act 23, 6; 26, 9-11; 22, 3-8). Realizó diversos viajes evangelizadores tras su sanación y bautismo en Damasco (Act 9, 17-18) y fue a su vez perseguido por su fe cristiana, acusado de sedición e intentar profanar el templo, así como de enseñar a los judíos a adorar a Dios de formas contrarias a la Ley (Act 24, 5-6; 18, 12-13). Fue decapitado durante las persecuciones cristianas de Nerón (vid. Eusebio de Cesarea, *Hist. eccles.* II, xxv).

Asumarnos brevemente al tiempo de Pablo, así como al método paulino de la transmisión del kerigma cristiano, y la concepción acerca del problema de la salvación contenido en el mismo, esperamos acabe por hacer visible el centro de la discusión que motiva las siguientes páginas.

1. El apóstol Pablo y su concepción de la *Sagrada Escritura*.

El libro *Hechos de los apóstoles* intenta un registro de los primeros años del cristianismo primitivo a partir de la última aparición de Jesús y su ascensión y el comienzo del proceso evangelizador tras la venida del Espíritu Santo durante Pentecostés. El celeberrimo descenso de éste en forma de lenguas de fuego habría permitido a los doce apóstoles⁵, y a otros que se hallaban con ellos, hablar en las diversas lenguas del mundo antiguo, de tal suerte que ninguno de los judíos provenientes de todas partes de la tierra que se habían reunido en Jerusalén con ocasión de la Fiesta de las Semanas⁶, quedó sin comprender el mensaje de los seguidores de Jesús.

La particularidad que dicho mensaje suponía radicaba en afirmar que Jesús, el nazareno a quien los apóstoles habían seguido, era el hijo de Dios, el Cristo, el ungido que liberaría a Israel, el Mesías señalado por los profetas⁷, y que a través de él era posible hallar la salvación. Este mensaje y su anuncio – que en griego recibe el nombre de *kerigma*- constituía, y lo hace hasta el día de hoy, el fundamento de la fe y religión cristianas.

Tanto la creencia en la naturaleza y misión divinas de Jesús cuanto su difusión, significaban un severo quiebre con la religión judía. En ella se sancionaba con la muerte hacerse pasar por el profeta anunciado⁸ y convertía a los cristianos en blasfemos que atentaban contra la Ley de Moisés⁹, como antes lo hiciera su maestro.

Sin embargo, la afirmación cristiana naturalmente significaba, al mismo tiempo, una continuidad respecto de la tradición, pues la creencia en

⁵ Judas Iscariote había sido reemplazado por Matías (Act 1, 21-26)

⁶ También llamada “día de las primicias”, conmemora la entrega de la Ley a los judíos en el Monte Sinaí. Se celebra después de cincuenta días de Pascua, de ahí que los cristianos le hayan llamado *Pentecostés*, es decir, “quincuagésimo”.

⁷ vid. entre otros pasajes, Is 7, 14; 9, 6-7; 11, 1-9; Dan 7, 13-14; Zac 9, 9-10.

⁸ Dt 18, 20.

⁹ El martirio de San Esteban, apedreado precisamente por los cargos señalados, constituye un ejemplo emblemático y el primero de las persecuciones por parte de los judíos (Act 6, 11-14; 7, 54-60. Cf. 9, 22-23; Jn 8, 58-59. Para la prohibición de ingresar a la sinagoga, vid. 9, 22; 16, 1-3).

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

un Jesús transformado en el Mesías sólo podía tener sentido al interior de la comunidad judía que conocía la promesa de su llegada y los signos que la autenticarían. No se trataba, entonces, de la adoración de un dios distinto: el dios hebreo era también el dios de los cristianos¹⁰, sólo que para estos últimos su dios había cumplido ya con su compromiso.

En este mismo sentido, Erich Auerbach sostiene:

“Era una reacción natural y comprensible el hecho de que los nuevos judeo-cristianos buscaran en las Sagradas Escrituras hebreas el anuncio profético de Jesús y la confirmación de sus obras, y que legaran a la tradición las interpretaciones y conclusiones a que habían llegado; esto resulta aún más comprensible si se tiene en cuenta que estaban familiarizados con la idea de que el Mesías sería un segundo Moisés, así como con la creencia de que la redención consistiría en una segunda huida de Egipto en cuyo curso se repetirían los milagros de la primera.”¹¹

Es en medio de este contexto que tendrá lugar la defensa y propagación del kerigma cristiano, de tal guisa que la transmisión de la singularidad de este mensaje –singularidad que, por lo demás, no sólo constituía la base de su discrepancia frente al judaísmo, sino también el sentido mismo de su existencia en tanto que religión nueva y diferenciada– comenzará pretendiendo, en primer lugar, a los judíos helenizados que los primitivos misioneros cristianos encontraban en toda gran ciudad del mundo mediterráneo¹².

En este intento por advertir y convencer a la colectividad judía el apóstol Pablo halla grande y sostenida resistencia, por lo cual decide –en lo que podría calificarse como el primitivo nacimiento del catolicismo– dirigir su proclama hacia quienes profesaban otras religiones, esto es, el mundo pagano, los llamados gentiles¹³.

¹⁰ Act 3, 12-13; 24, 14.

¹¹ Auerbach, E. (1998). *Figura*. Madrid: Trotta, p. 95.

¹² Para las implicancias del contacto entre el mundo cultural judío y griego –o helenizado–, durante el siglo I, vid. Jaeger, W. (2005). *Cristianismo primitivo y Paideia griega*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica p. 9-25.

¹³ “Después de esto, Pablo se retiró de Atenas y vino a Corinto. Allí encontró a un judío llamado Aquila, originario del Ponto, recientemente llegado de Italia con Priscila, su mujer, a causa del decreto de Claudio que ordenaba salir de Roma a todos los judíos. Pablo se unió a ellos, y como era del mismo oficio que ellos, se quedó en su casa y trabajaban juntos, pues eran ambos fabricantes de lonas. Los sábados disputaban en la

Sin embargo, para estos últimos, el mensaje de Pablo representaba una seria dificultad en lo tocante al entendimiento y aceptación de su nueva doctrina. A diferencia del pueblo hebreo, los gentiles no habían sido educados en la tradición judía, antes bien, lo habían sido en la tradición griega, y, en consecuencia, los libros de la *Biblia* que en la actualidad conocemos con el nombre de *Antiguo Testamento* –y que anunciaban, como dijimos, la venida del Mesías–, no guardaban ninguna relación con ellos, y acaso un grupo reducido entre los paganos tenía noticia de su existencia. El fundamento para la comprensión cabal de lo que Jesús significaba para Pablo y para los cristianos les era totalmente ajeno.

Esta brecha entre el acervo tradicional de judíos y cristianos, por un lado, y su ausencia en el de los gentiles, por el otro, pronto sería salvada por completo con la emergencia de una novedosa forma de comprender la relación entre el conjunto de textos veterotestamentarios y el que ulteriormente sería llamado *Nuevo Testamento*, y que los autores de la Patrística Latina llevarían a su máximo desarrollo: hablamos de la *interpretación figural*.

Pero antes de abordarla con detención, parece pertinente regresar una vez más a San Pablo y, con él, al problema fundamental de la obra paulina, cual es el de la oposición de *Gracia y Ley*.

Es de general conocimiento que el pueblo hebreo tenía en la más alta consideración su Ley. La instrucción en ella formaba parte primordial en la educación de los judíos, y su correcta observancia constituía el verdadero indicador de la calidad de sus ciudadanos¹⁴. De hecho, a esta peculiar condición responde la insistencia con la que Jesús era puesto a prueba en estas materias¹⁵.

Para Pablo, en cambio, la antigua Ley mosaica ya no tenía efecto sobre los cristianos, pues éstos habían, con el cuerpo de Jesús, muerto para ella. La Ley dada a los judíos era una Ley de la carne, externa; la nueva Ley

sinagoga, persuadiendo a los judíos y a los griegos. Mas luego que llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, se dio del todo a la predicación de la Palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Mesías. Como éstos le resistían y blasfemaban, sacudiendo sus vestiduras, les dijo: Caiga vuestra sangre sobre vuestras cabezas; limpio soy yo de ella. Desde ahora me dirigiré a los gentiles.” (Act 18, 1-6). De aquí que Pablo también sea conocido como el *Apóstol de los gentiles*, vid. Rom 11, 13. Cf. Auerbach, E. (1993). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, p. 53.

¹⁴ Para una visión de esta gran estima, vid. Flavio Josefo, *Contra Apión* II, 151-189.

¹⁵ vid. por ejemplo, Mt 22, 23-40.

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

de Cristo era una ley grabada en los corazones de los hombres y no en su carne, como se hacía por medio de la circuncisión, señal de la Alianza del Dios judío y su pueblo¹⁶. La verdadera circuncisión para los cristianos era interna; no era la carne la que debía ser marcada, como en la forma tradicional practicada por los hebreos, sino el espíritu. Por lo mismo, la justificación –ser justos ante Dios–, no sería llevada a cabo por las obras hechas de acuerdo con la Ley, sino por la Gracia de Dios; la salvación llegaba ahora, a través de la fe, a todos los hombres –sin distinción de judíos y gentiles– al creer que Jesús era el Cristo, y que la anunciada Nueva Alianza había sido sellada al fin con el derramamiento de su sangre¹⁷.

En consideración de lo arriba dicho en torno a la importancia de la Ley judía, no resulta arduo comprender, así, que para los fieles judeo-cristianos de mediados del siglo primero la propuesta de Pablo, y el kerigma en su conjunto, significara una tensión social y espiritual considerable, pues terminaba por enfrentarlos a judíos al interior de su pueblo y a sí mismos en la fe.

Según parece, el mecanismo más efectivo para acabar con esta cuestión¹⁸ resultó ser intentar confirmar o, si se prefiere, demostrar que cuanto decía relación con la vida de Jesús de Nazaret se encontraba debidamente profetizado por los libros del *Antiguo Testamento*.

Aunque también palpable en el relato de los evangelios¹⁹, escritos, presumiblemente, con posterioridad a las epístolas paulinas, es en éstas donde la intención de dar claridad a este vínculo adquiere mayor intensidad y definición.

¹⁶ Pablo desligaba a los cristianos de la Ley en virtud de la liberación advenida con la Encarnación y la Pasión (Rom 7, 1-6). Liberados por Jesús, no debían los cristianos dejarse subyugar por la circuncisión (Gál 5, 1-2) que era señal de otro pacto (Gén 17, 1-14), para ellos, por lo demás, extinto.

¹⁷ 1 Cor 6, 11; Tit 3, 4-7. Cf. Ef 2, 8-9; Rom 3, 21-26; Rom 5, 1-11. Para el anuncio y confirmación de la Nueva Alianza, vid. Is. 55, 3; Jer 31, 31-34; Mal 3, 1; Mt 26, 26-28.

¹⁸ Toda vez que, siguiendo lo expuesto por Werner Jaeger, Op. cit. p. 31s., el problema de la Ley ya no ocupaba una posición central en los cristianos de la época de San Clemente de Roma, es decir, hacia fines del siglo primero.

¹⁹ En efecto, para los Evangelios el cumplimiento en Jesús de Nazaret de la promesa mesiánica era un hecho ajeno a cualquier cuestión, y, por lo tanto, la escritura contenida en los mismos no revestía en lo principal un carácter polémico.

Según Auerbach²⁰, San Pablo procura buscar en el *Antiguo Testamento* la base para su pensamiento en torno a Cristo, intentando presentar la Sagrada Escritura como una “sombra” de las cosas y acontecimientos futuros, un anuncio de la venida de Jesús, con la que, una vez acaecida ésta, la Antigua Ley perdía toda validez.

Con el ánimo de presentar estas ideas en mayor diafanidad, tomemos de los escritos paulinos algunos ejemplos para nuestra exposición.

En su carta a los Gálatas, y con el propósito de pedir a los cristianos que se alejaran de la servidumbre de la Ley, Pablo se vale de personajes del *Antiguo Testamento* para demostrar, a través de ellos, que los cristianos han nacido de madre libre y no esclava. Su fuente es, por una parte, el nacimiento de Ismael cuya madre es Agar, esclava del entonces llamado Abram, con quien engendra a aquél a petición de Sara, su infértil mujer, mientras que por otra, la promesa de la concepción de Isaac, con quien Yavé asegura sostendrá su pacto²¹. Así, Pablo mantiene: “Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre. Pero el de la sierva nació según la carne; el de la libre, en virtud de la promesa. Lo cual tiene un sentido alegórico (...) Y vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa, a la manera de Isaac”²².

Veamos un segundo fragmento. Como hemos dicho ya, también señala Pablo que la validez del pacto sellado con la circuncisión ha desaparecido para los cristianos, pues Cristo, con su sacrificio, libró de la muerte a quienes creen en él²³. Pues bien, en su primera epístola a los Corintios, Pablo equipara la liberación en Egipto del pueblo de Israel, con la liberación cristiana. En Ex 12, 13, la sangre del cordero sacrificado marcaba los dinteles de las casas de quienes se librarían de la muerte que Yavé llevaría sobre todo primogénito, y, tras la cual, finalmente, el faraón cedería ante Moisés dejando que el pueblo de Israel se marchara. Todo este episodio es conmemorado en la más importante de las celebraciones judías, la Pascua²⁴, la que Pablo identifica de forma expresa con Cristo: “Alejad la vieja levadura

²⁰ vid. fundamentalmente, Auerbach, E. *Figura...*, p. 93-7.

²¹ Gén 16; 17, 15-21.

²² vid. Gál 4, 21-31.

²³ vid. Gál 5, 4-6.

²⁴ Además de festejar el fin de la servidumbre, la Pascua evocaba la transformación de Israel en el pueblo de Yavé (Ex 6, 6-7), con lo que se presenta para los cristianos un símil evidente. Cf. Cocagnac, M. (1994). *Los símbolos bíblicos. Léxico bíblico*. Bilbao: Desclée de Brouwer, p. 190-2; 385-9.

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

para ser masa nueva, como sois ácidos, porque nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolada”²⁵.

Con ambos ejemplos nos es dado percibir en la visión de Pablo la existencia de, a modo general y algo indefinido, un uso funcional y constante de la *Sagrada Escritura*²⁶. Evidentemente, ellas le son útiles para instruir en la conducta a los cristianos pero, al propio tiempo, sirven al Apóstol para tender un puente entre la tradición hebrea y la nueva doctrina.

Un poco antes en la misma misiva a los Gálatas, Pablo enseña que no ha sido por la Ley que han recibido el Espíritu Santo, sino por la fe. Con tal propósito, el Apóstol recurre a pasajes en la vida de Abraham donde, a su juicio, la Escritura alude a los futuros creyentes. En uno de éstos, sostiene: “Entended, pues, que los nacidos de la fe, éstos son los hijos de Abraham, pues *previendo la Escritura que por la fe justificaría Dios a los gentiles, dijo Abraham: <<En ti serán bendecidas todas las gentes>>*”²⁷. En la interpretación de Pablo constatamos que, en su concepción, la Escritura conocía de los hechos por venir; conocía a quienes “nacerían por la fe”, esto es, los cristianos, y sabía, además, que la posibilidad de tal nacimiento no sería privativa del pueblo judío, sino que –atendiendo, seguramente, a la promesa de la paternidad de Abraham sobre muchas naciones²⁸–, igualaría a hebreos y gentiles.

Obrando en función de lo que sabía había de venir la Escritura constituye, entonces, de una manera más determinada, *una anticipación que anuncia*, en este caso en particular, a los seguidores de Jesús.

Mas estas alusiones o *anuncios* de Pablo adquieren, en ciertos momentos, un carácter aún más específico y decisivo.

En la carta a los Romanos, San Pablo usa de Adán para realizar una comparación con Jesucristo. Así como por un solo hombre había entrado el pecado y la muerte en el mundo, reflexiona, de igual manera por un solo hombre había de ser traída la justificación de la vida. Sin embargo, al hablar de Adán y Jesús, Pablo se refiere de una manera muy particular al vínculo que uno establece hacia el otro: “Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés

²⁵ 1 Cor 5, 7.

²⁶ Es posible reconocer estos usos generales y más bien prácticos, por ejemplo, en 2 Cor 3; Rom 4; Heb 11, etc.

²⁷ Gál 3, 7-8. Aquí, como cuando no se indique lo contrario, el destacado es nuestro. Más tarde agrega: “Y así, antes de venir la fe, estábamos bajo la custodia de la Ley, encerrados *con vistas a la fe que había de venir*” (3, 23).

²⁸ Gén 17, 4-5.

aun sobre aquellos que no habían pecado, a semejanza de la transgresión de Adán, *que es el tipo del que había de venir*”²⁹.

Adán es definido como *tipo*, cuya forma original griega τύπος, según explica Auerbach³⁰, reunía las ideas de “impresión” o “imagen plástica” con las de “lo general” y “lo ejemplar”, de tal manera que, en este caso, dicha voz hacía de Adán, –por decirlo de algún modo– una suerte de *imagen-ejemplo del que había de venir*.

En este sentido, el último fragmento que comentaremos a continuación constituye, en la opinión de Auerbach, el más importante. Se trata, nuevamente, de la primera carta a los Corintios donde Pablo rememora la travesía del pueblo de Israel por el desierto bajo la guía de Moisés, y cómo los judíos se alimentaban de una comida y bebida espirituales que no eran sino Cristo. Al enseñar a partir de ese episodio, se dice: “Pero Dios no se agradó de la mayor parte de ellos, pues fueron postrados en el desierto. Esto fue *en figura nuestra*, para que no codiciemos lo malo, como lo codiciaron ellos”, y luego agrega, “Todas estas cosas les sucedieron a ellos *en figura* y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado el fin de los tiempos”³¹.

El trozo reúne todos los elementos, generales y específicos, que la interpretación paulina de las Sagradas Escrituras supone, pues presenta una relación analógica y general –en esta oportunidad, utilizando las sabidas peripecias del desierto– con la que contextualiza su enseñanza y, al mismo tiempo, en lo que se erige como su elemento de mayor trascendencia, sostiene que los hechos acaecieron *en figura* –en τύποι en la primera sección de nuestro fragmento, y τυπικῶς en su complemento–, *en tipo*, si se prefiere, de los cristianos, de lo futuro, a modo de anuncio expresamente dirigido a ellos con un propósito admonitorio.

Ésta era la forma específica y peculiar en que Pablo comprendía la relación de la antigua *Sagrada Escritura* hebrea con el cristianismo y su kerigma, en donde la primera, al interior de su relato, contenía una serie de imágenes, *tipos* o *figuras* que anunciaban la nueva doctrina cristiana, y a

²⁹ Rom 5, 14. Sobre el tipo realizado, Cf. la primera epístola de Pedro donde, al evocar la salvación por el agua en tiempos de Noé, se lee: “Esta os salva ahora a vosotros, *como antitipo* (ἀντίτυπον), en el bautismo, no quitando la suciedad de la carne, sino demandando a Dios una buena conciencia por la resurrección de Jesucristo” (1 Ped 3, 21). Cf. Werner Jaeger, Op. cit. p. 45s.

³⁰ vid. Auerbach, E. *Figura...*, p. 47-50.

³¹ 1 Cor 10, 5-6. 11.

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

través de la cual, no sólo era asimilada una tradición completa sino que, además, parecía heredarse toda su legitimidad.

Con esto se fundaba en el mundo cristiano la idea de reconocer en el *Antiguo Testamento* –cuyo contenido revestía el carácter de cuerpo legal e histórico del pueblo hebreo–, una serie de lo que Auerbach denomina *profecías reales* o representaciones anticipadoras de algo futuro, las cuales presentan un hecho o personaje históricos –o lo que es lo mismo, un hecho o personaje tenidos por tales– que, sin dejar de ser ellos mismos en tanto que *verdaderos* e *históricos*, representan y anuncian algo futuro de iguales características que realiza la profecía.

Erich Auerbach sostiene a este respecto:

“Pablo no propuso una interpretación completa del Antiguo Testamento, pero los pasajes que escribió sobre el éxodo de Egipto, sobre Adán y Cristo, Agar y Sara, etc., muestran con suficiente claridad cuáles eran sus ideas.”³²

y concluye:

“De este modo el espíritu de Pablo –en el que se aunaban de forma ejemplar su capacidad política y práctica con las fuerzas poéticamente creativas de la fe– consiguió transformar las ideas judías del resurgimiento de Moisés en la figura del Mesías en un sistema de profecía real, en la que quien resurge cumple y supera al mismo tiempo la obra de su predecesor.”³³

Profundizar en las características e implicancias de la noción que en la obra de Auerbach recibe el nombre de profecía real, y que constituye, como hemos intentado exponer, el rasgo distintivo y fundamental de la interpretación paulina de la tradición hebrea, nos introducirá apropiadamente en la llamada interpretación figural, materia que, obligándonos momentáneamente a dejar de lado a San Pablo, pareciera ser preciso comenzar a tratar.

*

³² Ídem, p. 97.

³³ Ibídem.

I.2. *Profecía real, figura e interpretación figurar en la Patrística Latina.*

Puesto que para el pueblo hebreo la Sagrada Escritura reunía el conjunto de su riquísima y maciza tradición histórica, para quienes intentaban la comprensión e interpretación de la misma resultaba imposible eludir dicha naturaleza.

Así, desde la óptica que transformaba el Antiguo Testamento en una serie de personas y acontecimientos que anunciaban la aparición de Jesús convertido en el Mesías, la unidad integrante de esta serie, la profecía real, en tanto que inscrita en el relato de la Sagrada Escritura, suponía una existencia al interior del acontecer temporal, histórico y real; los distintos sucesos contenidos en el Antiguo Testamento, en consecuencia, no representaban fenómenos espirituales, incorpóreos e intemporales, sino eventos verdaderamente acaecidos, y solamente la comprensión apropiada de éstos constituía un acto espiritual.

Para quienes se ocuparon de difundir y proveer de sustento escrito a la doctrina del cristianismo resultaba fundamental dentro de su argumentación – y en su pensamiento en general-, la idea de profecía real, toda vez que ésta llevaba la legitimidad del pasado hebreo hasta el núcleo de la creencia cristiana, sustentada, precisamente, en la idea de una promesa y una profecía cumplidas en la persona real e histórica de Jesús.

Por ello, la expresión del concepto de profecía real implicaba una trascendencia capital.

Al interior de las obras de la Patrística Latina, con el tiempo, y en virtud de sus singulares propiedades, esta tarea terminó por recaer mayoritariamente sobre la palabra latina *figura*³⁴. Ella había conseguido convocar dentro de su esfera semántica una multitud de ideas que determinaron su selección como el medio más rico y natural con vistas a la transmisión del concepto en cuestión, así como al mismo tiempo se volvía también la heredera idónea de la reflexión generada en el ámbito cristiano griego.

En primer lugar, la palabra *figura* sugería la noción de *imagen plástica* –aun cuando su uso más temprano y que acompaña toda su

³⁴ La palabra *figura* no era la única que en el léxico de los Santos Padres designaba la noción de profecía real, pero Auerbach consigna que se hallaba en considerable ventaja frente a sus adversarios de origen foráneo *allegoria* y *typus*. vid. Ídem, p. 91s.

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

evolución³⁵ también la liga a las ideas de *lo que se manifiesta de nuevo* y *lo que se transforma- o forma plástica*, y su radio de acción estaba circunscrito a lo externo. Por otra parte, su desenvolvimiento en el mundo latino culto hizo de su interacción con la órbita intelectual griega³⁶ un fructífero desarrollo, adquiriendo significados más genéricos como *configuración* o *manifestación* sensorial y *forma*, los que alcanzarían disciplinas diversas, tales como la gramática, la retórica, la lógica, las matemáticas y la música.

Sin embargo, para efectos de la evolución descrita por Erich Auerbach, la más original y trascendente de las aportaciones a su contenido es la que los Padres de la Iglesia realizan al transmitir por medio de ella la idea de profecía real en los términos en que nos hemos ocupado de describir³⁷.

Así, ya en las primeras obras de la Patrística Latina, cada persona o acto profético del relato veterotestamentario que anticipa hechos históricos en el futuro, cada profecía real, usa de la palabra *figura* como la más frecuente vía de expresión.

Es el caso de la obra de Tertuliano, que es, precisamente, donde se registra por primera vez esta práctica. Tertuliano –cuyo cuerpo de escritos reviste un carácter fundamentalmente apologético por enfrentar diversas maneras heréticas de entender la doctrina cristiana u oponerse a ella- ve en el Antiguo Testamento una serie de *figuras* anticipatorias que refieren, tanto a Jesús (*Adversus Marcionem* II, 26, por ejemplo) cuanto al pueblo cristiano (*De baptismo* 20, 16-17), todas las cuales son utilizadas para la exposición e ilustración de su pensamiento.

³⁵ Para una revisión detallada de las ideas y significados reunidos en el vocablo *figura* entre los siglos II a. C. y I de nuestra era, sobre todo en lo que respecta a las contribuciones de Varrón, Cicerón, y en especial, Lucrecio, vid. Ídem, p. 43-67.

³⁶ En lo tocante a su relación con las formas griegas σχῆμα y, especialmente, τύπος, vid. Ídem, p. 47-50.

³⁷ Auerbach, en efecto, supone que es precisamente a partir de estas ideas generales de <<formación>>, <<modelado>>, <<configuración>>, que la voz *figura* se convierte en portadora de este nuevo contenido, pues, encima, la idea de profecía real en las obras del cristianismo antiguo es expresada, como hemos visto, mediante la voz τύπος, que no sólo había tenido gran influencia en la formación de múltiples sentidos de la palabra *figura* en lo que dice relación con lo <<plástico>>, sino que además suponía las ideas de <<lo general>> y <<lo ejemplar>>. Junto a las páginas de la nota anterior, vid. Ídem, p. 87-9.

Una muestra especialmente clara de esta forma de interpretar el relato de la Sagrada Escritura podemos extraerla de su tratado sobre el alma³⁸, en donde, entre otras materias que a ella atañen, Tertuliano discute las propuestas que la filosofía griega ofrece en torno al sueño y su naturaleza. Con el fin de demostrar lo saludable, racional y, por sobre todo, natural del sueño, es que el autor recuerda a Adán –que, sostiene, es *figura* de Cristo–, como ejemplo de esta conducta deseada por Dios y modelada a imagen de la muerte. El sueño que Yavé hace caer sobre Adán³⁹, según la interpretación de Tertuliano, representa la muerte de Cristo, y la herida que Dios hace sobre el costado de Adán para extraer la costilla de la que crea a Eva, representa, a su vez, la herida hecha por la lanzada en el costado de Jesús tras su muerte en la cruz⁴⁰, y de cuya sangre nace la Iglesia, verdadera madre de los hombres.

A este singular modo de comprender –y, simultáneamente, utilizar– la tradición judía Auerbach la denomina *interpretación figural*⁴¹, cuya definición es aventurada por el romanista en los siguientes términos:

“La interpretación figural establece entre dos hechos o dos personas una conexión en la que uno de ellos no se reduce a ser él mismo, sino que además equivale al otro, mientras que el otro incluye al uno y lo consume.”⁴²

y añade que dicha interpretación,

“... se impone el cometido de esclarecer la identidad de las personas y los acontecimientos del Antiguo Testamento en cuanto figuras o profecías reales de la Historia sagrada del Nuevo Testamento.”⁴³

El mecanismo mediante el cual la *figura* podía ser identificada, destaca Auerbach, era la simple semejanza de los términos vinculados.

³⁸ vid. *De anima* XLIII. Cf. San Agustín, *Del Génesis contra los maniqueos* II, 24, 37. Siguiendo lo comentado más arriba, Cf. Rom 5, 14.

³⁹ vid. Gén 2, 21-23.

⁴⁰ vid. Jn 19, 31-37.

⁴¹ Ciertamente este modo de entender la Sagrada Escritura constituía un esfuerzo de elevada reflexión teológica, mas no era ésta la frontera de sus usos: “Para las misiones emprendidas en los siglos IV y V la interpretación figural resultaba de gran utilidad práctica; en efecto, se utilizaba constantemente en la predicación y en la enseñanza, mezclada a menudo con interpretaciones meramente alegóricas y morales.” (Auerbach, E. *Figura...*, p. 86).

⁴² Ídem, p. 99.

⁴³ Ídem, p. 70.

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

“La relación de reciprocidad entre ambos acontecimientos se deja reconocer por su coincidencia o semejanza (...) Con frecuencia es suficiente que aparezcan vagas semejanzas en la estructura del acontecimiento o en sus circunstancias concomitantes para que se pueda reconocer la *figura*; se requería una determinada voluntad interpretativa para dar con ella en cada caso.”⁴⁴

De lo dicho se evidencia que la unidad que sustenta la interpretación *figural*, la *figura*, estaba compuesta por dos términos distintos; dos *polos* que, aunque providencial e indisolublemente vinculados y recíprocamente convocantes, no desempeñaban igual función. De aquí que Auerbach llame a la porción o *polo* profético *figura* y al del cumplimiento, por su parte, dé el nombre de *consumación*.

En este sentido, habría que añadirse a lo anterior que, por influjo de *σχῆμα* y sus ideas de, entre otras, *transformación* y *encubrimiento*, la nueva noción de *figura* agregaba a su dominio la idea de ocultamiento, con lo que su realización futura, su consumación, implicaba asimismo el develamiento de lo verdadero.

En nuestro ejemplo más reciente, en suma, Tertuliano no veía en realidad sino el anuncio y la consumación de una profecía; Adán y su sueño, al ocultar y profetizar en *figura*, no sólo al Cristo, sino también al desenvolvimiento de su destino y los hechos a éste atados, expresaba paralelamente la espera de su consumación en el futuro, y con ella, la completitud de su significado verdadero.

La estructura *figural* se descubre así, en tanto que promesa y espera, como *esencialmente provisional*, pues, si bien la promesa había sido concretada conforme a la profecía de la Escritura, la consumación de ésta creaba una nueva promesa, cuyo cumplimiento sería aún más verdadero y definitivo.

Auerbach recuerda:

“... todavía no ha advenido la consumación de las <<cosas celestiales>>; y así parece que, aun más en Agustín que en sus predecesores, se sustituye a veces la contraposición entre los dos polos, *figura* y *consumación*, por una ejecución que se efectúa en tres grados: la Ley o la historia de los judíos como *figura* profética del advenimiento de Cristo; la Encarnación como *consumación* de esta *figura* y al mismo tiempo como preanuncio del fin del mundo y del

⁴⁴ Ídem, p. 69. La cursiva es del original.

Juicio final; y por último la llegada futura de estos acontecimientos como consumación definitiva.”⁴⁵

Luego puntualiza:

“... se trata de dos promesas distintas, una aparentemente temporal y encubierta en el Antiguo Testamento, la otra intemporal y explícitamente declarada en el Evangelio.”⁴⁶

Más abajo, el filólogo profundizará en la dimensión histórica de esta forma interpretativa, comenzando por destacar el avance de su influencia y aceptación.

“Con todo, la concepción fundamental consistente en afirmar que el Antiguo Testamento es una prefiguración históricamente concreta del Evangelio, tanto en su conjunto cuanto en sus distintos ejemplos particulares, se convirtió en una tradición consolidada.”⁴⁷

Hacia el siglo IV, afirma Auerbach, la interpretación figural se encuentra desarrollada en la totalidad de los escritores eclesiásticos latinos, y ya más tarde, en la obra de San Agustín –tal vez la voz de mayor influencia para la formación del pensamiento de la Edad Media-, nos la topamos como parte de una enseñanza global en torno de la lectura e interpretación bíblica.

A este respecto, y en medio de constantes referencias al apóstol Pablo, la opinión del obispo de Hipona nos presta gran utilidad: “Todo lo que se escribió en los sagrados libros antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo no tuvo más fin que excitar el deseo de su venida, y figurar la iglesia futura, que es el cuerpo del mismo Cristo, y se extiende por todas las gentes, y abarca aún a los justos que vivieron en este mundo antes de la venida del Señor, creyendo que había de venir, como nosotros creemos que vino. Así que cuanto está escrito en el Antiguo Testamento fue escrito para enseñanza nuestra (*Romanos*, 15, 4). Todo les sucedía a los antiguos en

⁴⁵ Ídem, p. 83.

⁴⁶ Ídem, p. 84.

⁴⁷ Ídem, p. 87. Dicha tradición, empero, debió sortear los embates de distintas interpretaciones de profundo arraigo en la mentalidad del mundo antiguo, fundamentalmente a causa de los aspectos históricos que aquélla conllevaba. Todas estas tradiciones rivales, dentro de las que podemos contar la interpretación alegórica, habrían de sobrevivir conjuntamente con la comprensión figural. Para la discusión propuesta por Auerbach en torno al tema, vid. FIG p. 78-81; 87; 103ss, pássim.

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

figuras; todo se escribió por nosotros a quienes ha tocado el fin de los tiempos.⁴⁸

De esta forma de asimilar el Antiguo Testamento, esto es, de reconocerlo transformado, en palabras de Auerbach, en *pura profecía real*, se colige es en gran medida responsable Pablo de Tarso, en cuyas epístolas las obras de la Patrística abrevaron desde su aparición⁴⁹.

La obra de Pablo, que había sido escrita en medio de la intensa disputa que significaba la evangelización de judíos y paganos y que, en consecuencia, debía responder a las inquietudes de los nuevos fieles de iglesias emergentes y distantes, acosados por la persecución y la necesidad de certidumbre, se había transformado en el sustento de la interpretación figural.

“Muchos de los pasajes albergan la intención de despojar al Antiguo Testamento de su carácter normativo para concebirlo solamente como mera sombra de lo futuro. La totalidad de la interpretación figural confluye en el tema fundamental paulino de la contraposición entre Ley y Gracia, entre la justificación por las obras y la fe: la antigua ley había sido abolida y reemplazada, no era más que sombra y τυπος; su fidelidad a la ley se ha convertido en algo estéril y pernicioso desde que Cristo ha traído con su sacrificio la consumación y la redención; no son las obras fieles a la ley las que justifican a los cristianos, sino la fe; y en el sentido judío y judaico de la ley, el Antiguo Testamento es la letra que mata, mientras que los nuevos cristianos son los servidores de la Nueva Alianza (del Nuevo Testamento), del espíritu que vivifica. Ésta era la doctrina de Pablo (...) Todo se convertirá en él, desde un libro de Ley y una historia de Israel, en una única gran promesa y en precedentes de Cristo que no poseían un significado definitivo, pues todos ellos eran el presagio que ahora se cumple; en un <<todo está escrito para nosotros>> (1 Cor 9, 10; cf. Rom 1, 5.7).⁵⁰

⁴⁸ vid. *Tratado sobre la Catequesis de los ignorantes* III, 6. La referencia a la epístola es del original y dice así: “Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza”.

⁴⁹ Léase Clemente de Roma, Ireneo, Tertuliano, etc. vid., también, Auerbach, E. *Figura...*, p. 93ss.

⁵⁰ Ídem, p. 96. Cf. p. 130. Al respecto, y en evidente relación con el contenido central de la sección anterior, en el Evangelio podemos leer las siguientes palabras atribuidas a Jesús: “No penséis que he venido a abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogarla, sino a consumarla.” (Mt 5, 17).

Con ello, la interpretación de San Pablo se convertía, finalmente, no sólo en el soporte para la comprensión general y la apropiación de la tradición judía en el seno cristiano, sino además, y en lo que entendemos constituye el logro de mayor relevancia alcanzado por su pensamiento desde la perspectiva del estudio emprendido por Erich Auerbach, se convertía en el fundamento de la nueva comprensión histórica iniciada y propagada con el cristianismo.

En primer término, la interpretación figural presentaba una diferencia sustancial respecto de la comprensión tradicional judía en lo tocante al alcance de su comprensión histórica.

“... el Antiguo Testamento se transformó a través de la interpretación figural, pasó de ser un libro de ley y una historia del pueblo de Israel a consistir en un conjunto de figuras de Cristo y de la redención (...) De esta forma y bajo estas circunstancias, la historia nacional y el carácter étnico del pueblo judío desaparecieron del Antiguo Testamento (...) se constituía, pues, en una parte integrante de la religión redentora y en una pieza necesaria para la tan grandiosa como unitaria visión de la historia universal que se transmitía simultáneamente con esta religión.”⁵¹

Se creaba así, con el reemplazo de lo peculiarmente hebreo de la Sagrada Escritura, –o, parafraseando lo que más tarde agregaría Auerbach, el reemplazo de *un contenido de realidad por uno de sentido o interpretativo*⁵²–, una visión de la Historia de carácter *universal* que involucraba a la humanidad en su totalidad –y que, en conjunto con la decidida actualidad histórica que suponía la primera consumación figural, acabaría siendo la clave para la aceptación del cristianismo ya no sólo por parte de las antiguas culturas del Mediterráneo y Palestina, sino también por la de los algo más jóvenes pueblos del Oeste y Norte europeos–, la que, a la espera de la *parusía*, la llegada de Jesús al final de los tiempos, la consumación definitiva, celestial e intemporal prometida en el Evangelio, adquiriría –gracias precisamente a esta provisionalidad de su estructura–, la formulación de una visión histórica *unitaria y finalista*⁵³.

⁵¹ Ídem, p. 98. Cf. Auerbach, E. *Mimesis. La representación...*, p. 53; Auerbach, E. (1969). *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*. Barcelona: Seix Barral, p. 55. En relación con San Agustín, vid. Auerbach, E. *Mimesis. La representación...*, p. 75ss.

⁵² vid. Ídem, p. 114-9.

⁵³ Esta consumación definitiva era la médula del carácter finalista de la comprensión histórica cristiana en su totalidad, y hacía de ésta una visión por completo diferente

Ricardo Monsalve C., Origen y evolución de la interpretación tipológico cultural

Acerca de la conjugación de estos elementos al interior de la estructura de la interpretación figural, Auerbach señala:

“La provisionalidad del acontecer en la concepción figural es radicalmente distinta de las ideas modernas sobre el desarrollo de la historia, puesto que en éstas tal provisionalidad del acontecer es objeto de una interpretación progresiva y paulatina de la línea horizontal e ininterrumpida del acontecer posterior, mientras que en aquélla la interpretación se efectúa siempre verticalmente y debe comprobarse desde lo alto, siendo así que no se contemplan los hechos en su relación mutua e ininterrumpida, sino individualmente, desvinculados unos de otros y en relación con un tercer hecho prometido que aún está por venir.”⁵⁴

Con la descripción de la provisionalidad intrínseca y peculiar de la estructura figural del acontecer en la comprensión cristiana de la Historia – descripción que nos precipita sobre las observaciones finales del presente artículo-, vemos, al fin, la totalidad de lo que podríamos llamar el *razonamiento figural* y su funcionamiento; la manifiesta centralidad de la unidad constituida por la *figura* o la *profecía figural* se deja ver sin dificultad: la relación de tres grados arriba comentada entre la profecía fundadora del Antiguo Testamento, la primera consumación temporal, real e histórica de la Encarnación y, finalmente, la prometida Parusía con la que advendría el intemporal y verdadero reino de Dios, encierra y articula la particular *historicidad* propia del cristianismo, donde cada suceso,

“...aunque sea imperfecto como acontecimiento, se encuentra ya completamente cumplido desde siempre en Dios y en su providencia”.⁵⁵

a partir de lo cual podemos concluir, en consecuencia, y por paradójal que aparente ser, que,

“... las figuras no sólo son provisionales; son al mismo tiempo la configuración provisional de lo eterno, recurrente e intemporal.”⁵⁶

respecto de anteriores concepciones, todas ellas primitivas, mitológicas y cíclicas. Para la proximidad y signos de esta consumación, vid. Carozzi, C. (2000). *Visiones apocalípticas en la Edad Media*. Madrid: Siglo XXI, p. 17-40. En general, para esto último, Cf. Duby, G. (2000). *El año mil*. Barcelona: Gedisa.

⁵⁴ Auerbach, E. *Figura...*, p. 107.

⁵⁵ *Ibíd.*

*

Durante los siglos finales de la Antigüedad tardía y los que les sucedieron, la interpretación figural o, como aclara Auerbach hacia la sección final de su ensayo, *el modo de concebir figuralmente el acontecer histórico*⁵⁷, que había conseguido superar la comprensible brecha cultural suscitada entre los pueblos de la Antigüedad respecto del pueblo hebreo, alcanzó con éxito los lugares más lejanos del orbe conocido y, junto al cristianismo, penetró profundamente en sus naciones.

Lo haría con tal intensidad que la interpretación figural, limitada originalmente a la esfera específica y reducida de la exégesis bíblica y la enseñanza evangelizadora, llegaría a transformarse, con el tiempo, en parte central del acervo cultural y mental de la cristiandad medieval⁵⁸, y en uno de los pilares para el desarrollo de las manifestaciones intelectuales y artísticas de toda Europa.

⁵⁶ Ídem, p. 108.

⁵⁷ Ídem, p. 109. Una discusión profunda sobre el pensamiento de Erich Auerbach acerca de la interpretación figural como concepción del acontecer histórico puede ser encontrada en Dawson, J. "Part two: Figural reading and history". Dawson, J. (2002). *Christian Figural Reading and the Fashioning of Identity*. Berkeley: University of California Press, p. 81-137, donde, al mismo tiempo, se sintetizan las principales ideas del romanista sobre la lectura figural y su relación con la exégesis alegórica.

⁵⁸ Respecto de la fortuna de la interpretación figural durante la Edad Media, vid. Ídem, p.109-30. Cf. Auerbach, E. (1984). *Scenes from the Drama of the European Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press, p. 96-8.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS⁵⁹

- Auerbach, E. (1998). *Figura*. Madrid: Trotta.
- Auerbach, E. (1969). *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*. Barcelona: Seix Barral.
- Auerbach, E. (1993). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Auerbach, E. (1984). *Scenes from the Drama of the European Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Baiton, R. (1960). *Early Christianity*. Princeton, N.J.: Van Nostrand.
- Carozzi, C. (2000). *Visiones apocalípticas en la Edad Media*. Madrid: Siglo XXI.
- Cocagnac, M. (1994). *Los símbolos bíblicos. Léxico bíblico*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Dawson, J. (2002). *Christian Figural Reading and the Fashioning of Identity*. Berkeley: University of California Press.
- Duby, G. (2000). *El año mil*. Barcelona: Gedisa.
- Jaeger, W. (2005). *Cristianismo primitivo y Paideia griega*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- V.V. A.A. (1984) *Nuevo Testamento interlineal Griego-Español*. Ed. Francisco Lacuela. Barcelona: Clie.

⁵⁹ Por razones de extensión, hemos decidido omitir de este apartado bibliográfico tanto las referencias bíblicas cuanto las que dicen relación con obras clásicas, las que siguen, en los pies de página, una notación general y suficientemente legible.